

XXIX

El reloj daba la una.

En la casa no se oía ningún ruido.

El exterior estaba completamente silencioso.

En la orilla del mar hay momentos en que se retira tan lejos que apenas se le oye.

Lo mismo ocurre á Paris, llega un momento que se tranquiliza y se duerme.

Su tumultuoso ruido cesa ó se retira lejos, á las cavernas sin número de los boulevares exteriores, al fondo de los fangosos subsuelos.

Ese momento es de las dos á las cuatro, en las profundidades de la noche.

El barón Claudio Chatel, sentado delante de su pupitre, á la luz de una lampara, escuchaba, por decirlo así, ese silencio nocturno á propósito para los delirios de los pensadores y para las meditaciones profundas.

Las suyas eran sombrías.

Fresneuse no se engañaba. Las resoluciones más siniestras le asaltaban.

La tumba del pequeño cementerio de Tréogat le atraía. Hubiera deseado volver á encontrar en las regiones desconocidas del otro lado, á aquella muchacha cuya acariciadora y sumisa imágen tenía para él un encanto inexplicable.

No necesitaba el auxilio de su amigo Desvaux para verla.

Ella tenía muy presente, viva aun, en su memoria: ella le miraba con sus grandes ojos verdes; le llamaba con aquella dulce voz que tenía el don de hacerle vibrar y estremecerse.

Se preguntaba si él no había sido juguete de una ilusión; si Ana-Maria había muerto efectivamente de una puñalada, dada por un insensato; si él la había visto en su féretro, y si dormía, en efecto, bajo la losa de granito que la cubría: sí, Jocelyn Carhel, Daniel Plouer, Yannic Cléden, no eran fantasmas evocadas por su imaginación.

Era preciso rendirse á la realidad. El la había visto allí, en aquella casa; allí había vivido ella; él la había amado.

¡Y ahora ya no existía. Todo había concluído. ¡No la volvería á ver jamás!

Entonces cogió papel y una pluma y, lentamente, con la cabeza serena, escribió lo que sigue:

«Mi querido amigo:

»Te he engañado: no tengo valor para sobrevivir á la pérdida que me ha llegado al alma.

»Tú cumplirás tu promesa y te cuidarás de la viuda y del huérfano.

»Dejo mis instrucciones en mi secreter. En él las encontrarás.

»Por lo demás, estoy seguro de la grandeza de alma de Angela.

»No me perdonará jamás. Comprendo su aversión y sus resentimientos; pero no pondrá ningún obstáculo á la ejecución de mi última voluntad.

»Gracias y adiós.

»Tu antiguo compañero,

»CLAUDIO CHATEL.»

Metió la carta en un sobre, y puso esta dirección:

«Al señor marqués de Fresneuse.»

Después redactó su testamento en pocos renglones:

«Yo, el que abajo firma, Claudio Chatel, declaro por la presente acta instituir por mi heredero universal á Claudio María Le Guer, hijo único de Ana-María Le Guer, muerta en Tréogat, el diez y siete del actual.

»Le recomiendo á la generosidad de la baronesa Angela Chatel, mi mujer, y la ruego que le conceda su protección, en recuerdo de nuestros buenos años.

»Lego á la baronesa Chatel, mi mujer, el goce de las dos terceras partes de mis bienes de toda especie.

»Dejo á todos mis servidores quienes quiera que sean, cinco años de sueldo.

»Nombro por ejecutor testamentario á mi amigo el marqués Luis Carlos de Fresneuse, suplicándole que acepte el cargo y que le desempeñe con arreglo á su conciencia.

»Pido perdón á quienes he ofendido, y en

particular á mi mujer, suplicándola que olvide nuestros malos días, para no pensar más que en los felices.

»Hecho en París á veinticinco de julio de mil ochocientos noventa.

BARÓN CLAUDIO CHATEL.»

Después se quedó pensativo algunos momentos, con los codos apoyados en el escritorio.

Embebido en la escritura, no había oído el ligero ruido producido por puertas que se abrían y cerraban con precaución.

Parecía indeciso, vacilante, no sabiendo qué decidir, dudando tal vez ante una determinación que le costaba mucho trabajo tomar.

¿Para quién había tenido la vida más sonrisas?

Por fin se decidió:

Cogió de uno de los cajones del secreter una pistola de lujo, con la culata incrustada en oro, de un solo cañón, hizo jugar los muelles y viendo que estaban corrientes, introdujo en ella una capsula.

Una expresión de alegría animó entónces su rostro. Sus facciones se iluminaron.

—Esto es muy fácil—murmuró en voz alta.—Un segundo, y todo ha concluido. ¡Pobre chica! ¡Mas habrá sufrido que yo! ¡Y Angela!...

La contestación á esta pregunta era dudosa.

¿Qué pensaría la baronesa?

¿Se alegraría de encontrarse libre?

¿Lloraría el amor perdido?

¿Quién habría podido decirlo? ¿No es un abismo insondable el corazón de las mujeres? El barón tomó una última precaución, metió el testamento en un aneho sobre y lo puso en donde pudiera verse en seguida y á su lado colocó la carta dirigida al marqués de Fresnense.

Después se tendió en una butaca tomando una postura cómoda y conveniente, como el hombre de buena sociedad que no quiere ser sorprendido en una postura ridícula y que piensa en la elegancia aun para la hora en que ya no exista, y montó la pistola.

La levantó con lentitud hacia la sien derecha.

Una mano se posó en su hombro, mientras que una voz murmuraba á su oído.

—¡Claudio!

Se volvió.

Bajó la colgadura de la puerta, hacia la cual estaba vuelta la butaca, estaba una mujer inclinada hacia él, espionando sus menores movimientos.

Llevaba un traje de viaje de color gris pizarra y no había tenido tiempo de reparar el desorden del camino.

—No me esperabais—le dijo.

—¡En efecto, á semejante hora!...

Aquella mujer era la baronesa.

Claudio había deslizado la pistola con mucho disimulo en un cajón que se cerró con suavidad.

—¿Qué haceis aquí?—le dijo Angela con dulce acento.

—¡Yo! ya lo veis... Velaba...

—¿Tan tarde?

—¿Y vos?

—Yo, llevo de viaje.

—Estabais en Marnes...

—¿En Marnes?... Tal vez... En todo caso llevo oportunamente.

—¿Por qué?

El barón y su mujer hablaban con calma, con el tono de las gentes que tratan de sorprender un secreto y tantean el terreno.

La baronesa se acercó al secreter.

—¿Escribáis?—dijo.

—Sí.

—¿A quién?

Se inclinó sobre la carta.

—¿A Fresneuse?

—Justamente.

—Es extraño. Acaba de separarse de vos.

—¿Lo sabéis?

—Fermin me lo ha dicho. ¿Es eso algún crimen?

—Con seguridad que no. Me olvidé de decir á Fresneuse una cosa y por eso le escribía.

—Bueno.

—¿Está ahí Fermín?

—Espera, sin duda, á que os decidais á recogeros. Teme que le necesiteis.

—Eso es un exceso de celo.

—Que debe agradecerse. Ese no es un defecto, á mi juicio.

—Es verdad.

nido. ¡Ah! Claudio, yo soy mejor que vos. Yo no hubiera abandonado la vida sin deciros adiós, sin pesar y sin remordimiento de dejaros solo.

Y exclamó mirándole con tristeza:

—¡En verdad, no teneis corazón! Hemos vivido el uno al lado del otro quince años. Nuestra unión no ha sido turbada más que una sola vez, por una de esas tempestades que dejan destrozados tras de sí, pero que al fin se apaciguan. Y por una falta que no es mía, ibais á destrozarme á mi vez, á perder mi vida entera, á hacer de mí una de esas viudas á quienes se muestra con el dedo contando su historia con palabras encubiertas, pérfidas y cobardes. Este mal es peor que vuestra traición. ¡Habeis cumplido vuestros deberes para con esa desgraciada joven, no seré yo quien os lo ceasure! A vuestros deberes para conmigo, ¿qué importancia les dais?

Estaba hermosa de ternura y emoción, de dulzura y de piedad.

Cogió una mano á su marido y continuó:

—Os decía hace poco: Hay una última razón, esa es vuestro hogar desierto, la casa sin

hijos, esta casa vacía que tanto os pesa y tanto os entristece.

¡He pensado en esto!

He partido hace tres días; no iba á Marnes!

—¿Adonde, pues?

Estaba pendiente de los labios de su mujer.

Entreveía vagamente un consuelo supremo, una deslumbradora esperanza.

—Iba á Bretaña yo también—dijo—á la aldea que acababais de dejar.

—¿Tréogat?

—Sí.

—¡Angela!

—Allí he visto la casa en donde esa desgraciada exhaló el último suspiro. Fuí á rezar sobre su tumba.

—¡Mujer querida!

—He esparcido el oro para que bendigan su memoria.

—¡Como se os debe querer!

—Por último, he vuelto á casa de su madrina. En ella había una cuna... En aquella cuna un niño. . Ese niño me lo he traído.

—¡Es posible!

—Habíais hecho preparar una casa para vuestra querida...

—¡Perdon!

—Allí podeis besar á vuestro hijo... Os espera.

—¡Angela!

Se dejó caer de rodillas á los pies de su mujer.

—Es huérfano—añadió la baronesa. ¡Por amor á vos le serviré de madre!

Claudio la atrajo hacia sí rodeandola la cintura con sus dos brazos.

Ella se inclinó suavemente y sus labios se unieron en un beso.

FIN DE LA NOVELA.

